

# Por un keynesianismo socialdemócrata

La crisis actual ha demostrado claramente el fracaso de la ideología liberal que ha inspirado la política económica de los últimos decenios. La fe irracional en el mercado, la desregulación que permite operar sin control alguno en los capitales especulativos, la renuncia al Estado, las desigualdades favorecedoras de quienes tienen más ingresos y riquezas y la globalización financiera sin gobierno ni normas han terminado en una gigantesca debacle económica.

Nunca en la historia económica se había puesto de manifiesto de una forma tan evidente el fracaso de una ideología y su inoperancia efectiva para lograr estabilidad económica y social y eficiencia productiva.

Tanto es así que ante la crisis que han provocado las políticas neoliberales, los propios gobiernos que las han defendido no han tardado en recurrir a mecanismos de intervención que están en sus antípodas ideológicas.

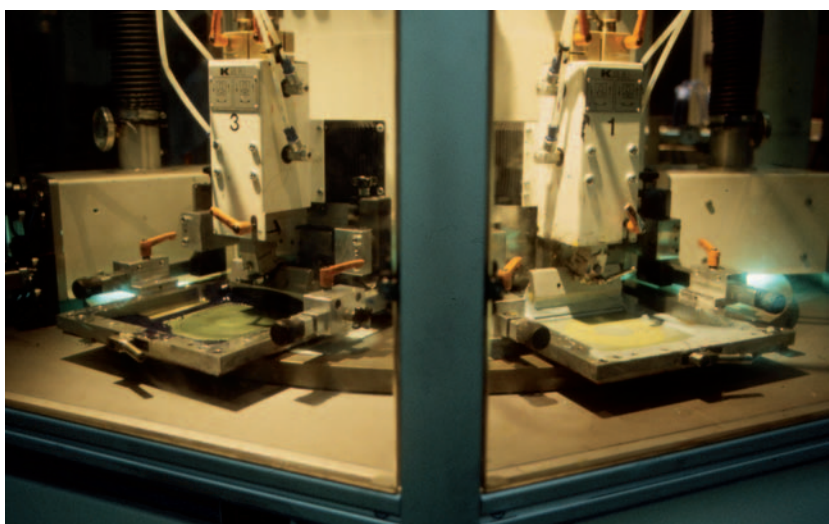
Y ante el fiasco de las políticas liberales, ahora completamente inútiles para salir de la crisis y antes para evitarla, es lógico que se vuelva la vista a otras fórmulas de gobierno económico que en su día tuvieron éxito, como el keynesianismo.

Es natural que ello ocurra, pues no en vano en la época en la que predominó el keynesianismo se alcanzaron las mayores tasas de empleo y crecimiento y las fases de expansión de los ciclos económicos fueron más duraderas y menos traumáticos los momentos de crisis. Las diferencias en las tasas de paro entre Estados Unidos y los países de la Unión Europea, por ejemplo, pueden explicarse por la renuncia que se hizo de las intervenciones públicas de tipo keynesiano en Europa, mientras que su utilización en Estados Unidos ha permitido suavizar los vaivenes del ciclo y mantener mayor nivel de empleo.

Es cierto que la pretensión fundamental de Keynes no fue otra que fortalecer la maquinaria productiva del capitalismo, pero también que al pretenderlo desde una moral mucho más comprometida con el trabajo y con el esfuerzo orientado a crear riqueza fue posible un equilibrio positivo entre sus propuestas y los objetivos y la

práctica socialdemócratas de muchos gobiernos, que dieron lugar a los mayores avances sociales del siglo XX.

Ahora, cuando varios lustros de políticas neoliberales han dado al traste con muchas de esas conquistas, cuando la desregulación al servicio de los especuladores ha propiciado una crisis global de proporciones considerables y cuando la incertidumbre y la frustración se extienden, es importante volver la vista a los enfoques de Keynes.



C. BARRIOS

Ahora se está asumiendo que la mejor manera de afrontar los episodios de crisis, e incluso de evitarlos con antelación, es la aplicación de las políticas anticíclicas de demanda que Keynes propuso y que en tantas ocasiones han sido denostadas en los últimos años. El recurso al gasto, e incluso al endeudamiento, el mantenimiento del poder adquisitivo de los trabajadores y la salvaguarda de la demanda efectiva a través de la intervención pública siguen siendo necesarios si se quiere mantener el empleo y la actividad económica. Y, *sensu contrario*, ha sido fácil comprobar en qué medida se deterioran cuando esos mecanismos de intervención se debilitan.

En ese sentido, vuelve a estar claro que la política económica no es eficaz cuando se descuartiza, cuando se lleva a cabo sin coordinación institucional y sin confluencia de objetivos, y que la armónica utilización de la política fiscal y monetaria es la mejor garantía para preservar la estabilidad macroeconómica.

Ahora, cuando la recesión se generaliza en casi todas las economías, resulta evidente que nunca se debió perder el norte a la hora de considerar el pleno empleo como un objetivo central de la actividad y de la política económica. En lugar de ello, las políticas neoliberales dieron paso a una creciente financierización al dar alas a la especulación y al divorcio entre la actividad real y los flujos financieros. Así, se ha provocado un debilitamiento de los resortes orientados a la creación de riqueza en aras de la ganancia especulativa que tanto detestaba intelectualmente Keynes (a pesar de haber hecho una buena fortuna a su costa, por cierto), convirtiendo nuestro sistema económico en un auténtico productor de escasez y en un devorador neto de recursos. Por eso en estos momentos cobran también actualidad sus propuestas para hacer que el capitalismo se base en lo que él considerara la virtud del trabajo, del esfuerzo productivo y de la creación de bienes y servicios.

*En estos momentos se necesita recuperar los componentes de un nuevo keynesianismo socialdemócrata, adaptado a las nuevas condiciones internacionales y capaz de armonizar crecimiento económico, cooperación para el desarrollo y bienestar social.*

También ahora que la globalización muestra sus aspectos más negativos conviene recordar la prudencia del economista británico ante la internacionalización, su reserva ante la libertad incontrolada de los capitales y ante un librecambismo desigualmente establecido e inútilmente generalizado cuando produce desindustrialización e indefensión debido a la existencia de relaciones demasiado asimétricas entre las distintas economías, con despilfarro y carencias básicas en las más desiguales.

La actualidad del keynesianismo es quizá más relevante que nunca debido a los fracasos explícitos de un periodo en el que se ha pretendido instaurar un *modus operandi* en la economía mundial ajeno a las normas, a los principios éticos, a la transparencia y a la responsabilidad frente a los demás. Ahora que la multilateralidad y la práctica de la cooperación están tan debilitadas cabe recordar las quejas de Keynes al finalizar la Conferencia de Bretton Woods sobre la indiferencia de Estados Unidos ante los problemas de los demás países.

Por todo ello se está planteando la necesidad de retornar a Keynes. Pero los partidos y gobiernos progre-

sistas no deberían hacer una lectura simplista de Keynes, como a veces ha ocurrido incluso por parte de los liberales. No se debería olvidar que, en gran medida, el éxito del keynesianismo no derivó exclusivamente de su intrínseca puesta en marcha sino de la que llevaron a cabo los gobiernos socialdemócratas.

Lo que es preciso recuperar, por lo tanto, no es sólo el keynesianismo, del que existen versiones reaccionarias como la de Reagan o Bush que se basan en la ampliación del gasto militar o en la reducción de los impuestos de los ricos para estabilizar la economía a costa de grandes desigualdades, sino los principios y las políticas socialdemócratas.

En la necesaria recuperación de un keynesianismo socialdemócrata hay que tener en cuenta que las condiciones en que se aplicaron estos planteamientos en la segunda mitad del siglo XX han cambiado. Por muy vivos que puedan estar, como siempre suele suceder con el

pensamiento de los grandes intelectuales, hoy día no convendría limitarse a recordar y copiar las políticas socialdemócratas de hace cincuenta años, sino que es preciso reactualizarlas considerando los nuevos escenarios y las nuevas condiciones de nuestro tiempo.

En ese sentido, el primer reto consiste en redimensionar el keynesianismo a escala más internacional, propiciando nuevos

espacios institucionales para el gobierno democrático de las relaciones económicas globales.

El segundo reto, derivado del anterior, es diseñar nuevos instrumentos de intervención económica de dimensión planetaria, en el terreno fiscal, del gasto y la financiación y, sobre todo, de la regulación del comercio y las finanzas internacionales.

El tercer reto es asumir y poner en práctica principios éticos y de responsabilidad y control diferentes y más efectivos como motores de las políticas económicas.

La situación que atraviesa la economía mundial demanda sin lugar a dudas nuevas políticas económicas para cuya puesta en marcha es imprescindible volver la vista a Keynes, pero, en todo caso, no puede olvidarse que para que eso pueda ser posible y para que el neokaynesianismo que cobre vida no sea una apuesta falsa, similar a la que han aplicado algunos gobiernos liberales, será necesaria una nueva correlación de fuerzas sociales, un nuevo clima político y la difusión de otros valores predominantes en la conciencia ciudadana. **TEMAS**